

## **Crónica 10: Varkala, la playa del acantilado** (Traducción del original en catalán)

No hemos podido encontrar ningún transbordador local que navegue por los ramales del río desde Alappuzha hasta Kollam, parece ser que sólo hay barcas de compañías privadas que cobran unas trescientas rupias por persona. Salvaguardando nuestro presupuesto diario, andamos hasta la estación de autobuses dispuestos a hacer el trayecto por carretera, nos dirigimos a Varkala, la playa del acantilado situada a 54 kilómetros al noreste de Thiruvananthapuram, la capital de Kerala.

El viaje en autobús, es un desfile de curiosidades; nos cruzamos con un elefante que camina parsimonioso eludiendo el tránsito, posee orejas pequeñas y la trompa llena de lunares blancos, su cuidador casi desnudo se ve frágil y diminuto sentado tras la cabeza de este animal de piel arrugada. A pie de carretera se encuentra un hombre erguido al lado de un cubo, cada vez que pasa un vehículo, sumerge la mano en el agua y extrae un gran pez que aun colea, lo tiene atado por las branquias con un cordel y lo muestra con energía reclamando la atención que merece su trofeo o su mercancía. El paisaje ha tomado un contraste absurdo, decenas de mansiones de lujo, quedan unidas entre sí por plásticos y tabloncillos desordenados que aprovechan los muros del jardín como paredes para la barraca. Algunos edificios en construcción tienen un muñeco que ondea colgado en lo alto de un mástil, parece un espantapájaros, hecho con pedazos de ropas y sombrero, sin zapatos ni cara, desconocemos su significado pero nos da un vuelco el corazón cada vez que nos sorprende este muñeco de tamaño y formas humanas. Un grupo de ciudadanos está reunido alrededor de un altavoz que resuena a gritos una especie de monólogo, avanzamos a una comitiva de mujeres que se manifiestan con unas banderas rojas, señales comunistas y las iniciales NFIW, las pancartas están escritas en hindú, pero deducimos que reclaman el derecho de ser mujer. Dos coches aplastados aun humean a un lado de la carretera, y en el otro, un camión volcado delata la realidad de la conducción temeraria o el descuido de los dioses. Los vendedores de cocos han improvisado un tenderete atando un cordel entre dos palmeras y colgando los cocos atados de un montón de cordeles que caen en vertical, la nostalgia nos evoca el juego de cucaña de morder manzanas. Bajo una tendalera de ropa recostada inmaculada sobre los arbustos del camino, vemos a un hombre planchando sentado tras una pequeña mesa, se apresura en alisar la ropa con el hierro candente casi quemándose las puntas de los dedos. Unas carretas arrastradas por bueyes, se tambalean cargadas a rebosar de hierbas secas, van al trote en medio de los coches sorteando bocinazos de los más atareados, nos han sorprendido las caras de las vacas cargadas en un camión que ha pasado a la altura de las ventanas del autobús, un conjunto de cabezas estratégicamente encajonadas y ojos pestañeantes, nos contemplan inmóviles atadas entre ellas por los cuernos pintados de color azul y rojo; detrás de él, una bicicleta pedaleada a duras penas arrastra una especie de carretilla atada al asiento con trapos y cordeles. La última rareza que nos ha llamado la atención es un puesto a pie de carretera que muestra un despliegue de piezas de water de todos los colores. Cambiamos un par de veces de autocar bajo los consejos de los conductores a quienes depositamos toda nuestra confianza a falta de autosuficiencia orientativa. Llegamos a la Varkala comercial buscando el reducto donde se recuperan los viajeros sobre el acantilado de la playa. Cuatro kilómetros andados con alegría y oímos el mar, tenemos la dirección de un hostel acogedor y económico que nos aconsejaron los amigos de Israel, pero la oscuridad nos juega malas pasadas y casi perdemos los nervios situándonos en la noción abstracta del pueblo. Estamos en el Peal View lodge y nos ha recibido un señor mayor de cabellos blancos que desprende bondad por los cuatro costados, cerramos el trato a ciento veinticinco rupias por noche, parece ser que todos quedamos contentos y convencidos del negocio que hemos hecho. Cada noche juega al ajedrez con su sobrino bajo la luz de una vela, el tablero está tan gastado que se confunden las

casillas, mueven ficha sin pensarlo demasiado y fulminan las partidas en poco más de diez minutos.

A primera vista diríamos que el precipicio ronda los treinta metros, todos los restaurantes preparan sus asientos de caña cara al mar y raptan a gritos a los viajeros que nos paseamos a la hora de cenar para amansarnos con “special chai” una cerveza servida a escondidas en tazas de té, que ayuda a confundir en la oscuridad del mar, las luces de las barcas y las estrellas. Peces de ojos brillantes y ensangrentados aguardan a que alguien los elija para caer ensartados dentro del tandoori que los cuece en las brasas a fuego lento. Olor de mar, de humo, de pescado, de pan cocido, de humedad y de cremas solares. Un estrecho camino contornea el acantilado, a un lado el cordel que nos salva de caer al vacío, alejándonos de la costra de tierra roja que se desmigaja a golpe de viento, y en el otro, los hombres de los restaurantes y tiendas de tesoros que nos hacen inmunes a sus propios gritos gastando la frase de todo a precio de amigo. Los chavales cargados con flautas y esteras de playa, persiguen a los viajeros casi con zancadillas, hasta que claudican cansados de tanta insistencia, ansiosos de comprar la libertad de movimiento. El chico que vende tambores, camina sudado, despeinado y con los ojos enrojecidos, asegurando cada paso como si fuera el último, su necesidad de saciar la dependencia alucinógena le hace variar el precio de los tambores y arruina su negocio cambiándolos por paquetes de hierba y toda clase de cacharros.

A pie de precipicio, bajo tres hojas de palmera trenzadas que se sujetan con un cordel de protección, vive un abuelo entrañable, no sabemos nada de él, ni él de nosotros, no nos conocemos ni los nombres, pero cada mañana nos da la mano con alegría, nuestra amistad no reconoce palabras ni intereses comunes, sencillamente es un ritual que no sabemos cómo se ha iniciado, pero nos fascina. Parece que arregla sandalias o que vende zapatos de segunda mano, su cuerpo menudo agachado noche y día bajo aquel techo de barraca ha quedado encogido, tiene los ojos brillantes y una mirada de bondad que nos despierta una perversa necesidad de compasión, un instinto prepotente de cuidarle. Mastica sin parar una especie de tabaco que tiñe las sonrisas y los escupitajos de color naranja, lo denominan *betel*. Al mediodía, cuando sólo las almas nórdicas resisten el ahogo solar, sufriendo la tirantez de la piel encendida bajo los primeros efectos de la insolación como remedio para no añorar en todo el año los calores del trópico, llegan dos amigos suyos buscando resguardo en la sombra de las hojas de palmera; un astrólogo de uñas amarillas que lee las líneas de las manos y te da la buenaventura cobrando el precio adecuado a los ingresos que adivina a cada individuo, y un vendedor de figuras de elefantes talladas en cáscaras de cocos. Se sientan como tres calcos humanos sobre la planta de sus pies y comen un puñado de arroz desabrido que guardaban envuelto en un papel de periódico.

Un hombre espigado y ágil de movimientos, recorre todas las mesas de los restaurantes mostrando unas postales pintadas a mano sobre una hoja seca, tiene la cabeza fornida de cabellos y viste un trapo blanco enrollado a la cintura y una camisa de cuadros sencillos, dice que los beneficios son para los niños de la escuela religiosa de San Antonio y muestra toda una gama de minucias artesanas fingiendo una paciencia y una devoción tan fatigosa que por rendición al final te endosa alguna tarjeta. Su mujer se llama Mina y vende piñas en la playa, las arrastra dentro de un saco de plástico y se acerca a los que toman el sol con una piña clavada en un hacha, se mueve ondulante, quizás es el efecto que produce la envolvente de cuatro metros de ropa del sari. Se agacha sobre sus talones y monda la piña a golpes de hacha, librándola de todos los ojitos marrones, marca unos cortes sin que pierda la forma de fruta entera y la ofrece a los turistas boca abajo, estos la cogen por las hojas verdes y se la comen a mordiscos como si fuera un muslo de pollo. Sería un buen negocio ya que todos los que estábamos alrededor se nos hacía la boca agua nada más verlo, pero hay más vendedores de piñas que turistas. Un par de hombres pasean andando al lado de su bicicleta llevando sobre el guardafangos una cisterna de té con leche – chaia, chaia, chaaaaia -.

Siguiendo el acantilado hacia el norte, se llega a una pequeña cala de arena negra donde los pescadores faenan lejos de los aires místicos de los extranjeros. Remiendan sus redes, ahuyentan los cuervos que quieren comerse las decenas de peces puestos a secar sobre la arena, y retuercen las cuerdas de fibra de coco con la fuerza centrífuga de unas piedras atadas a unos cordeles delgados que cogen impulso y exprimen con fuerza las fibras. Nos cerraba el paso una laguna de agua dulce cubierta de lodo y barro, ya nos íbamos cuando nos ha gritado una chica desde la otra orilla del embalse, alertándonos con movimientos exagerados, sin tiempo ha entenderla nos ha caído un coco verde, grande como un melón, casi a tocar los pies, un golpe seco y sentimos el miedo de nuestra suerte. Ella ha hecho un gesto para que le lanzásemos el fruto por encima del embalse, lo ha recogido y se ha sentado a esperar a que caigan más cocos de las palmeras, nosotros marchamos preocupados vigilando no estar a tiro y especulando sobre el peligro de estas trampas naturales.

Caminando hacia el sur, llegamos al templo de Janardhana Swamy, peregrinos de todas las castas se remojan en las aguas de sus baños, devotos humildes vienen renqueando a curar las heridas de la piel humedeciéndola en líquidos sagrados, visitantes adinerados que se paran con sus choferes para despedirse, con una zambullida, de las cenizas de sus seres queridos. En los escalones de piedra de los baños hay chicas que se lavan tímidamente y niños que chapotean alegres dentro del agua, algún *sadhu* sentado y pensativo, tal vez recordando qué le lleva a vagar por los lugares sagrados de la India, emancipado de la casta, los bienes y la familia, venerado como un santón por la buena voluntad de los hindúes que le invitan a un plato de arroz.

Los domingos llega gran cantidad de visitantes que bajan inquietos de los autocares, después de una visita fugaz al templo, se escapan hacia Papanasam beach, que en lengua malayalam se conoce como la Papa Nashini, la playa destructora del pecado, llegan más ansiosos de ver a las viajeras en bikini que de venerar a sus ancestros. Un grupo de vigilantes uniformados como “chicos escolta”, con bermudas y camisa azul celeste, tiene serios problemas regañando a estos hombres que se paran con cara de alucinados a cuatro palmos de la primera turista que encuentran. Su mirada descarada ha hecho vestir a más de una chica y hacer pensar a las demás cómo se puede concebir este esclavaje doméstico, un machismo explícito en todas las pautas de comportamiento, que en la playa se hace evidente viendo cómo la cultura mantiene a las chicas envueltas en metros de ropa que no se pueden quitar ni para remojarse en el mar, apartadas en grupos, mientras sus poseedores pasean la borrachera intimidando a las viajeras. Los hombres se abrazan y se dan muestras de afecto entre ellos, caminan felices cogidos del brazo, dándose la mano y haciéndose mimos, pero el trato con las mujeres es patético y seco, una caricia o un simple beso en medio de la calle, es repudiado como un escándalo sexual. No sabemos las razones de esta inhibición emocional, quizá sea debido a que los casamientos los arreglan las familias, y el amor es una rareza que si nace entre la pareja es gracias a los dioses, pero la misión de la mujer no es enamorarse, sino servir y venerar al marido como a un dios, cuidar a la familia de éste y engendrar hijos. Una mujer sin casar no es nada, y con el casamiento, pasa a ser una carga económica para la familia del marido, a la cual se le paga una dote que puede llegar a los extremos de arruinar a la familia de la mujer. Los prejuicios contra las mujeres aún están vigentes en los Manu-Smrti, unos escritos redactados por un legislador hinduista que datan de dos mil años atrás, donde se prescribe un código de conducta para las mujeres, un seguido de aberraciones discriminatorias que convierten a la mujer en una buena *pativrata*, la mujer ideal que llora cuando el marido está triste, ríe cuando es feliz y muere cuando éste se muere.

Los vigilantes de la playa van a lo loco controlando a los hindúes que se encantan delante de las carnes y silbando a los viajeros temerarios que se adentran en las corrientes del mar arábico. Observan atentos el oleaje y enarbolan a brazo alzado las banderas rojas o verdes, a las seis en punto empiezan a silbar todos juntos hasta que consiguen que todo el mundo salga

del agua, recogen sus cosas, la sombrilla, las banderas y un salvavidas y a las seis y media hacen marchar a la gente de la arena, marchan hartos de pregonar y desisten enfadados delante de las caras atónitas de viajeros desobedientes que no entienden estas exigencias. La puesta del sol es un momento glorioso que despierta en cada individuo unas ansias de despedirse del astro con las mejores habilidades, suenan los tambores y los movimientos tribales contagian la danza a los malabaristas de bolas, boliches y correas. Un grupo de quimonos practica las artes marciales que han aprendido en las clases matinales, y los amantes del yoga se unen al sol boca abajo o en la postura del loto. El repique de tambores hipnotiza a todos los congregantes a deslumbrarse en silencio con los últimos rayos de sol que se pone sobre el mar. Hay algo emotivo en este ritual que te pone la carne de gallina y te hace sentir parte de un engranaje imparable, una sensación parecida a la que experimentamos dentro del agua cuando decenas de personas estamos alineadas en silencio cara al horizonte aguardando una buena ola para surfear con todo el cuerpo, todos restan pacientes hasta que de la nada nace una ola de metro y medio que nos engulle el grito de pasión y temor que todos lanzamos al unísono, piernas, pies y cabezas retorcidos y atragantados por la sal se levantan de entre la espuma mirando como los más aventajados han conseguido flotar hasta los pies de los guardas.

La comunidad de viajeros que se reúne en Varkala, podría ser de los personajes más pintorescos de una novela de ficción, gente curiosa que intenta ser fiel a sus creencias y ha conseguido vivir creando una filosofía de vida propia forjada a contracorriente y que se aleja de los convencionalismos y del consumismo impulsivo, buscando la felicidad en la simplicidad de los actos cotidianos, y el tener en el no necesitar. José Carlos camina despacio, un poco encorvado, enroscado en su turbante naranja que le oprime la cabeza y le resalta su barba gris de palmo y medio, tiene ojos de topo y facciones de bondad, siempre está absorto en sus pensamientos de hombre solitario, se envuelve en telas de colores y carga con una bolsa con veinte armónicas, es su patrimonio y su vida.- Hay una armónica para cada tono – dice mientras las saca delicadamente de la caja y nos fascina con su sonido, no le adivinamos la edad ya que su cuerpo envejecido y su cara de niño nos haría errar en más de cuarenta años. Pasa el verano en Mallorca, tocando la armónica en las puestas de sol, recauda algún dinero, el justo para mantener una pequeña estancia rural sin agua ni electricidad, cuando termina la temporada, recoge las armónicas y viene a gozar del ambiente natural de Varkala. Estos últimos días está algo nostálgico, - Este año no llegaron los buenos – dice mientras busca entre los viajeros a sus compañeros de serenatas.

Un chico camina enfundado dentro de un delantal y unos guantes de plástico, es alegre y de buen ver, se pasa el día recogiendo los desperdicios de la playa, ha construido unas cajas de madera, las ha pintado de colores con corazones y flores y enseña a reciclar a todos los habitantes y visitantes de Varkala, se pelea con los vigilantes de la playa que tienen el mal vicio de tirar los vasos de plástico en la arena y enterrarlos con el pie, pide a los vendedores de piñas que recojan las mondaduras y las coloquen en el bidón de materia orgánica, a la puesta del sol, organiza recogidas de desperdicios voluntarias y tiene un trabajo absurdo para convencer a los indios de la importancia ecológica del reciclaje. Este personaje solitario y reservado, ha despertado leyendas entre los curiosos, que indagan maliciosamente sobre los motivos que puedan haber atraído a este viajero australiano, a hacer la limpieza altruista de las playas de un país sin mucha conciencia higiénica; le atribuyen historias de vida perversa y rituales de curación para justificar un hecho tan simple, como que alguien pueda ser feliz ordenando la basura de los demás.

Yamuna tiene once meses, ha hecho los cinco primeros pasos en la playa de Varkala, gatea desnuda y arrebozada de arena, persiguiendo a perros y pájaros, sonrío a todo el mundo, mostrando sus dos dientes y la baba llena de arena. Sus padres son del mundo, ahora viven en Varkala y enseñan yoga a cambio de instruirse en la medicina ayurvédica, dentro de un par de

años irán a vivir en una comunidad rural de Málaga compartiendo el aprendizaje con otros compañeros. Cada noche llega un hombre de aspecto serio, con un taburete y una mochila, se instala en lo más alto del acantilado y saca un telescopio y un cartel que dice: “Saturn 10 rupies”, espera de pie a que la gente se le acerque, entonces les invita a arrodillarse y observar el cielo desde su ojo aumentado, al cabo de una hora, desaparece por donde ha llegado y no volvemos a saber de él hasta la mañana siguiente al mismo lugar y a la misma hora.

Desayunamos cubiertos de palmeras mirando encantados a las águilas que planean sobre nuestras cabezas, observamos curiosos los rituales de apareamiento de los viajeros y viajeras que van llegando solos a los calores del trópico, y nos preguntamos por qué tantos occidentales de ropas anchas caminan cojos en este reducto de paz y meditación. Absortos en estos pensamientos damos un salto de la silla al caernos encima un pobre lagarto que habrá perdido el equilibrio, ha huido más espantado que nosotros hacia las yerbas del acantilado. Nos ha oído chillar y un hablar que entendía, es José Luís de Sevilla, hace un par de meses que viaja por la India a una velocidad admirable, tiene predilección por colarse en el interior de los templos hindúes y fotografiar a escondidas las imágenes sagradas, con su cantinela animada nos hace partícipes de sus pensamientos; está convencido que los indios no descansan, dice que no duermen lo suficiente por las noches por el ruido del tránsito y la estridencia de los altavoces con cánticos religiosos, que se levantan demasiado temprano por la mañana, esto hace que vayan todo el día cansados y se adormezcan por doquier, sólo con arrancar el autobús, ya dan cabezadas, se duermen con la cabeza apoyada sobre la mesa de sus negocios, delante del plato de arroz o de la máquina de coser y no están espabilados ni frescos para dinamizar los negocios y entender cómo gira el mundo – una siesta pero bien hecha – replica con gracia andaluza.

Animados por esta especie de razonamientos cómicos que generalizan el talante humano hasta lo absurdo, ridiculizamos las pautas de comportamiento que nos hacen diferentes y que quedan escritas en las instrucciones del papel higiénico, donde se prohíbe en letras rojas, la venta del papel a trozos, y en las advertencias de los carteles del tren, que piden a los pasajeros que escupan hacia fuera del vagón.

Hemos conocido a tres compañeros de tierras catalanas, se llaman Llorenç, Miquel y Josep de Gironella, amigos, maridos y padres de familia que en su momento tuvieron suficiente valor como para escoger el sentido de su existencia y dedicarse a las cosas de la vida que les hacen felices, ahora pueden gozar de los “lunes al sol”, desprenden la alegría de las personas vivas, para nosotros son tres personajes inspiradores que nos animan a buscar alternativas de vida, no osamos confiarles que desde el primer día, tenemos la serena sensación de que nos conocíamos desde hacía ya tiempo. Con ellos hemos comido la primera tortilla de patatas y pan con tomate, nos han descubierto el restaurante de Pushkar, un jovencito que vino a Gerona para hacer de quintero y después de aprender los secretos de la cocina mediterránea, ha vuelto a su tierra para hacer negocio. Hoy domingo, todos juntos hemos ido a Kottiyam, un pueblecito a unos treinta kilómetros al norte de Varkala donde se celebra la fiesta del templo de Shiva.

Andamos boquiabiertos en medio de un bullicio sorprendente, las calles son una riada enloquecida de hombres que saltan y bailan descomponiendo las trompetas y los tambores, las fachadas de los edificios están recubiertas de personas que aguardan el desfile, no queda ningún rincón libre, hay gente sobre los coches, sobre los tejados, en las farolas y en las vallas publicitarias. Nos mezclamos entre la multitud olvidando por un instante qué puede suponer para una mujer foránea inmiscuirse entre los hombres que ni bebidos ni serenos respetan a las mujeres, el corazón se me ha acelerado y la rabia me encendía cuando he conseguido salir como he podido de las manos de estos canallas que se ven con derecho a intimidarte tocando el cuerpo de cualquier mujer. No creo que mis palabrotas hayan sido desmedidas, ni que tenga

que aceptar este desprecio o desdramatizar los hechos en nombre de sus creencias, es una humillación comparable a que te escupan en la cara o te pateen el vientre. Exhorto a las chicas que viajan solas por un país de dementes sexuales que ellos mismos son esclavos de sus fogosidades menospreciando a sus propias mujeres, reduciéndolas a seres inferiores. Desconozco qué fuerza mantiene sumisas a las mujeres que creen con firmeza que su marido les merece tal devoción. Mas sosegada, continuo arremetiendo contra este comportamiento salvaje y me indigna reconocer que hay situaciones que hay que evitar.

Hemos trepado por encima de un tejado para ver la fiesta, cien elefantes con la trompa y la cabeza engalanados caminan entre los fieles separados de la multitud por cadenas humanas que pierden las fuerzas soportando la presión de los empujones, sus cuidadores hacen girar un paraguas balanceando el cuerpo al paso del animal. Un espectáculo impresionante en medio del tránsito, de los gritos, de los cantos y de miles de cuerpos aglomerados que se inclinan delante de las carrozas, son figuras descomunales de los dioses hindúes que mueven cabeza y brazos y te miran con ojos encendidos. El estallido de luces de colores se ha perdido camino del templo, y en breves instantes la masa humana ha desaparecido dejando sólo un rastro de excrementos de elefante.

Cambiamos a García Márquez por un libro de Dominique Lapierre y Larri Collins, *Esta noche la libertad*, que narra los hechos que desembocaron en la independencia de la India, y por la novela *City*, de Alessandro Baricco. A media tarde el cielo se ha nublado y por primera vez ha caído un chaparrón de verano, el olor a tierra mojada con el calor que subía de la arena sedienta y la alegría de todos los deseosos de remojarnos, ha improvisado un encuentro de alocados que parábamos la lluvia cara al cielo. Para mañana han convocado una sesión de meditación para redimir los instintos bélicos de Bush, y desde lo alto del acantilado se lee gravado en la arena con letras gigantes “NO WAR”.

## Olga&Fraz

### El reportaje: las curas de Ayurvedas

Ayurveda es una palabra de la lengua sánscrita que significa “ conocimiento para alargar la vida”, dicen que es una ciencia con más de cinco mil años de tradición que cura toda clase de males, equilibrando las fuerzas internas de las personas. Se entiende que el cuerpo humano y la naturaleza forman un todo inseparable y que un cuerpo sano debe tener las fuerzas internas equilibradas: *pitta*, la fuerza del sol que es la temperatura del cuerpo y equilibra los procesos digestivos y el metabolismo, *kapha*, o la fuerza de la luna que equilibra los órganos y los biorritmos del cuerpo de acuerdo con el movimiento de las mareas, y *vata*, el movimiento del viento que cuida el sistema nervioso. Los tratamientos son naturales, nos pueden parecer curiosos y demasiado caseros para el tipo de milagros que se atribuyen a esta medicina. Con aplicaciones de remedios hechos con plantas indígenas e impregnaciones de aceite y cremas de manteca, se pueden curar dolores de cabeza, problemas gástricos, parálisis, reuma, artrosis, dificultades respiratorias, infecciones, alteraciones nerviosas, insomnio... .

El *Shodana Chikilsa*, es una terapia de purificación del cuerpo, el proceso que limpia el estómago provocando vómitos, se llama *vamana*, el *verechana* purifica los intestinos con fuertes purgas y el *nasya* es la aplicación de unos extractos de hierbas y aceites en las fosas nasales que pueden sanar la sinusitis, la migraña y los desórdenes mentales. *Rasayana Chikilsa*, es una terapia de rejuvenecimiento que con la impregnación y el frotamiento con aceites, retrasa la degeneración de las células del cuerpo y activa las defensas del sistema inmunológico. *Sirodhara* es el proceso de derramar aceites calientes en la cabeza para ayudar a mejorar la memoria y el equilibrio mental. Podríamos nominar mil nombres extraños de mil terapias para sanar las rarezas más recónditas y reproducir los milagros o los desengaños que

la gente de la calle atribuye a esta ciencia, pero nuestra ignorancia sobre este tema sólo nos deja redactar la información que hemos podido extraer de los prospectos gratuitos que hemos recogido en los centros de Varkala. No dudamos de los beneficios que puede aportar una medicina basada en remedios cedidos por la naturaleza y transmitidos a la sabiduría popular, pero nos guardamos de caer en manos de la picaresca, también popular, que llena las barracas de Varkala con un montón de carteles que ofrecen masajes y tratamiento ayuverdico, por los mismos personajes que horas antes nos querían vender productos psicotrópicos, alquilar una habitación y llevarnos en taxi.

### **Consejos y curiosidades**

Los esputos anaranjados que tiñen las paredes y las bocas de los consumidores, son el jugo del *paan*, un fruto digestivo con propiedades estimulantes, que se vende enrollado dentro de hojas de *betel*, mezclado con especias dulces y tabaco para masticar.

**Olga&Fraz**